

La violencia juvenil en América Latina

*Arturo Alvarado*¹

Resumen

Este trabajo muestra un panorama cuantitativo y cualitativo de la violencia que afecta a la población juvenil de 10 a 29 años, y las principales conductas que ésta adopta en distintos ámbitos de su vida personal y comunitaria, ya sea como espectadora, como víctima o como agresora. El material utilizado proviene de datos estadísticos de mortalidad de las instituciones de cada país de la región, así como de un estudio cualitativo sobre la violencia juvenil entre jóvenes de barrios populares de las principales ciudades en cinco países latinoamericanos. El objetivo principal es conocer la percepción, las experiencias y las reacciones de los jóvenes ante la violencia. También se analizan las relaciones con la autoridad y el conocimiento y la aceptación de normas sociales y legales. En cada ámbito se destacan las diferencias que existen entre hombres y mujeres al percibir y experimentar la violencia.

Palabras clave: violencia juvenil, mortalidad por homicidios, familia, barrio, escuela, trabajo, conocimiento de derecho, concepción de legalidad.

Abstract

Youth violence in Latin America

This work shows a quantitative and qualitative overview of violence affecting young people from 10 to 29 years and the principal behaviors that it takes in different areas

¹ Este trabajo es parte del proyecto sobre violencia juvenil en América Latina, financiado por el Centro Internacional Para la Investigación del Desarrollo de Canadá, IDRC (106289). Agradezco el apoyo y colaboración de Gabriela Figueroa para redactar el presente texto.

of their personal and community life, either as a spectator, as victim or as aggressor. The data used comes from mortality statistician's institutions in each country in the region, and a qualitative study on youth violence among young people in popular neighborhoods of major cities in five Latin American countries. The main objective is to study the perceptions, experiences and reactions of young people to violence. It also discusses the relationship with authority and the knowledge and acceptance of social and legal norms. The differences between men and women perceive and experience the violence in each area are highlighted.

Key words: youth violence, homicide rates, family, neighborhood, school, work, knowledge of law, conception of legality.

Vivencias urbanas conjunto

Las ciudades, fascinantes fenómenos de nuestra vida colectiva en el mundo contemporáneo, son procesos que nos abarcan, nos brindan las mejores oportunidades y nos presentan muros invisibles de acceso a ellas, a sus servicios, al ejercicio de los derechos ciudadanos. No sólo están amuralladas por la segregación urbana, por la desigualdad y por las limitaciones a nuestros derechos como ciudadanos, sino por la violencia, que presenta formas también ocultas de control social y de división del espacio, que limita las oportunidades de desenvolvimiento y reproduce las desigualdades. En ellas convivimos todos, vemos los rostros de todos, los que nacimos aquí hace un buen tiempo, los que pronto partiremos, y sobre todo los que apenas la exploran, los jóvenes que empiezan a hacer su vida e intentan hacer suya la urbe.

El crecimiento poblacional en América Latina creó un "bono" demográfico de tal manera que ahora existe una mayor proporción de población joven en edad productiva (entre los 14 y 25 años). Además, en la década pasada la región estaba saliendo de problemas económicos estructurales y apuntaba algunas mejorías en materia de salud, de educación; incluso, en algunos países ocurrió una disminución de la desigualdad. Tenemos ahora mayor población joven con mejor educación, pero al mismo tiempo tenemos mayor deserción y deterioro de la calidad de su educación, particularmente entre los sectores de menores ingresos.

Una gran proporción de estos jóvenes vive en un mundo mayoritariamente urbano, con ciudades segregadas, desiguales, de difícil acceso y movilidad, de servicios públicos básicos mal distribuidos y con espacios públicos y barriales muy violentos. Entre los mayores problemas de nuestras ciudades está precisamente la dinámica que combina eventos de violencia personal, interpersonal, colectiva y organizada, que afectan a toda la sociedad, pero

con marcadas diferencias en el impacto que tiene sobre los diferentes grupos sociales y entre los jóvenes.

Esta nota de investigación representa una síntesis de un estudio sobre la violencia juvenil en América Latina. Desarrollamos un trabajo comparado sobre las diversas formas de violencia que afectan a los jóvenes en la región, en particular en cinco países, a saber, Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala y México. Y dentro de estos países nos concentramos en un conjunto de problemas urbanos de sus principales ciudades.

América Latina ha experimentado diversas formas de violencia crónicas por décadas, hoy en día enfrenta nuevas formas, como las que implementan grupos paramilitares o de diversas organizaciones criminales (crimen organizado) y que afectan a toda la población, pero ante todo vulneran *más* la condición de los más jóvenes. La situación actual en América Latina tiene como característica altas tasas de mortalidad por agresiones, cuyos registros son los más altos del mundo, no obstante que existen marcadas diferencias entre países, dentro de sus ciudades, y más aún entre grupos sociales.

Buscamos conocer los problemas de violencia que experimentan los jóvenes en su vida cotidiana en las ciudades del subcontinente, desde las agresiones en el entorno familiar, barrial, hasta la muerte por homicidio; asimismo, exploramos los problemas que los jóvenes enfrentan cuando intentan tener acceso a la justicia y otros más que tienen con distintas autoridades, particularmente con la policía.

Ante este contexto cabe preguntar: ¿por qué se dan estas tendencias? ¿Qué factores influyen en la violencia? Y, ¿qué otras formas de violencia están relacionadas con las altas tasas de homicidio?

Si bien existe hoy un discurso gubernamental y social en todo el continente respecto a los problemas de los jóvenes, poco sabemos de cómo están siendo afectados por los fenómenos violentos y del crimen organizado, y por qué esta población tiende a quedar más vulnerada y etiquetada dentro de un marco que la limita. Es necesario tomar en cuenta que en las décadas recientes la población en general y también los jóvenes fueron beneficiados por el incremento del nivel de vida, la reducción de la natalidad y de la mortalidad. En este sentido, resulta primordial entender qué está pasando con la mortalidad por causas externas.

Procedemos a definir y contextualizar qué entendemos por juventud, por violencia, y mostrar cómo existe una enorme diversidad y heterogeneidad entre el grupo nombrado joven. Para el estudio definimos nuestro grupo de población como aquel ubicado entre los 10 y 29 años de edad. Este rango de edades contiene numerosos grupos de individuos en situaciones personales, biológicas, psicosociales, educativas y laborales, que nos permite registrar

diversos tipos de experiencias violentas, así como el desarrollo de conductas asociadas a ésta. Además, permite captar las llamadas transiciones en distintas etapas de la vida, desde el fin de la infancia y pasos o avances en la educación, el trabajo, la salida de la familia de origen y la formación de otras. Ante todo permite captar las diversas experiencias de *ataques* experimentados desde una edad temprana en la familia, el hogar, el barrio, la escuela, el trabajo y la ciudad. Mientras que grupos de jóvenes de barrios afluentes en las ciudades de América Latina pueden extender sus oportunidades de educación, empleo y recreación, otros jóvenes de las mismas edades en barrios marginados, populares, tendrán oportunidades mucho más limitadas y tendrán, en cambio, mayores retos para enfrentar situaciones violentas.

Juventud es un término utilizado para agrupar un conjunto de personas que cursan procesos comunes, que van desde las experiencias de deserción o de continuidad en la escuela, el ingreso al trabajo, la primera unión, la procreación de descendientes y la formación de un hogar propio. Entre esta serie de eventos en la vida nos interesa insertar las agresiones autoinfligidas o experimentadas como víctimas o actores, que van desde la autoflagelación hacia el suicidio, la violencia interpersonal, la de pareja, la familiar, las diversas formas de hostigamiento y agresiones en el barrio, la escuela, el trabajo, en el transporte, en los espacios públicos, hasta el homicidio.

Violencia es otro concepto que tiende a ser utilizado de forma que adquiere demasiados significados y cubre demasiados eventos. Para precisar el uso del concepto en nuestro trabajo, utilizamos la definición de violencia de la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2002) que marca dos aspectos centrales: primero, es una conducta intencional que pretende producir un daño y, segundo, puede clasificarse en formas autoinfligidas, interpersonales o colectivas.² Entendemos que pueden existir situaciones llamadas de “violencia estructural” al vivir en barrios segregados, con grandes privaciones, de difícil acceso, concentración de pobreza, desigualdad y escasa presencia de servicios públicos y de empleos. No obstante, nos centraremos en las conductas porque su estudio contribuye a entender mejor las dinámicas de las relaciones en que los jóvenes están involucrados. El problema que analizamos incide negativamente en las condiciones de vida de la población; merma que está concentrada entre la población joven, por razones que detallaremos en el trabajo.

Para conocer las dimensiones y principales formas de violencia que viven los jóvenes, diseñamos un estudio con metodologías combinadas; por una par-

² La definición de la OMS señala “El uso intencional de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones” (OMS, 2002: 4).

te realizamos un estudio de la mortalidad por agresiones (homicidios) en cinco países (Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala y México), mientras que en una etapa simultánea realizamos un conjunto de entrevistas grupales y grupos focales en diez ciudades en los cinco países. Las entrevistas fueron dirigidas a grupos de jóvenes que viven fundamentalmente en barrios de bajos niveles socioeconómicos y con carencias de infraestructura básica; también entrevistamos personas en barrios de clase media-alta en las ciudades; además, tuvimos contacto con autoridades, organizaciones no gubernamentales creadas por o dirigidas hacia los jóvenes, de derechos humanos y autoridades de procuración de justicia. Algunas entrevistas fueron realizadas durante recorridos por barrios en las ciudades, otras en espacios universitarios, otras en instalaciones de ONG y otras más en centros de reclusión. Un grupo con el que buscamos contacto fue aquel que ha tenido conflictos con la ley, que hubiera sido detenido, acusado o procesado. Las dimensiones que cubren el estudio incluyen situaciones en la familia, el barrio, la escuela, el trabajo, la ciudad y otros entornos frecuentados por los jóvenes.

Quienes participaron en este estudio presentan al menos dos grandes modos de vivir sus experiencias, de construir sus mundos y su futuro. Los adolescentes que viven en barrios de niveles socioeconómicos más integrados, con mejores servicios, que asisten a escuelas o hasta universidades, que trabajan y que tienen acceso a servicios de salud sobre todo privados y transporte, tienen además mayores oportunidades y espacios urbanos públicos y privados para recrearse y tienen acceso a mejores servicios. Expresan mayor conocimiento y conciencia de sus derechos, presentan mejores experiencias y formas de solucionar los episodios de violencia, que suelen ser menores, y tienen una mejor forma de ver su futuro y de construirlo. En contraste, quienes habitan en barrios en donde están concentradas la pobreza y los servicios precarios, tienen menos conciencia de sus derechos; presentan mayores episodios de violencia y menos alternativas para resarcirse de sus consecuencias; pueden haber tenido experiencias traumáticas (de enfrentamiento) con la policía; algunos han sido detenidos y hasta procesados judicialmente y tienen menor acceso a servicios y al mundo de consumo de baja calidad; y muchos narraron experiencias de privación y de discriminación. Algunos de ellos han tenido contacto con grupos delictivos y han trabajado en ese mundo; muchos de ellos viven amedrentados por esta situación en sus barrios, escuelas y en la ciudad. La policía los persigue y maltrata, extorsiona, mata.

Como mencionamos al inicio de texto, las ciudades sobredeterminan nuestra vida, nos fascinan y nos proporcionan los medios fundamentales para desarrollar una vida plena; mientras que para algunos grupos sociales residentes de barrios afluentes la ciudad significa una forma particular de construir un

futuro deseable, en esa misma ciudad y en territorios no muy lejanos encontramos jóvenes que viven encerrados en los barrios populares, en muchos casos en áreas periféricas o de difícil acceso, con servicios públicos básicos precarios, con bajo nivel socioeconómico, con menor acceso a la escuela, a los servicios de salud, al transporte, con escasos espacios y oportunidades para el empleo y la recreación. Ambos mundos tienen un comportamiento similar en las ciudades de América Latina, uno que ofrece mayor diversidad y una mayor estructura de oportunidades, otro que excluye y segrega a grandes grupos de población. Pero también entre ellos hay diferencias en las formas que los jóvenes enfrentan las situaciones de privaciones, en las relaciones con las autoridades y en las políticas públicas que crean los gobiernos para tender sus problemas.

Comencemos por revisar el panorama de la mortalidad.

La mortalidad violenta

En la década pasada la tendencia mundial de la violencia homicida entre los jóvenes aumentó pronunciadamente, sobre todo entre los jóvenes de 15 a 24 años, y fue acompañada por un mayor uso de armas como método de ataque. Según la OMS, en 2000, se produjeron a nivel mundial unos 199 000 homicidios de jóvenes (9.2 por cada 100 000 habitantes). Un promedio de 565 niños, adolescentes y adultos jóvenes de 10 a 29 años de edad fallecían cada día como resultado de la violencia interpersonal (OMS, 2002).

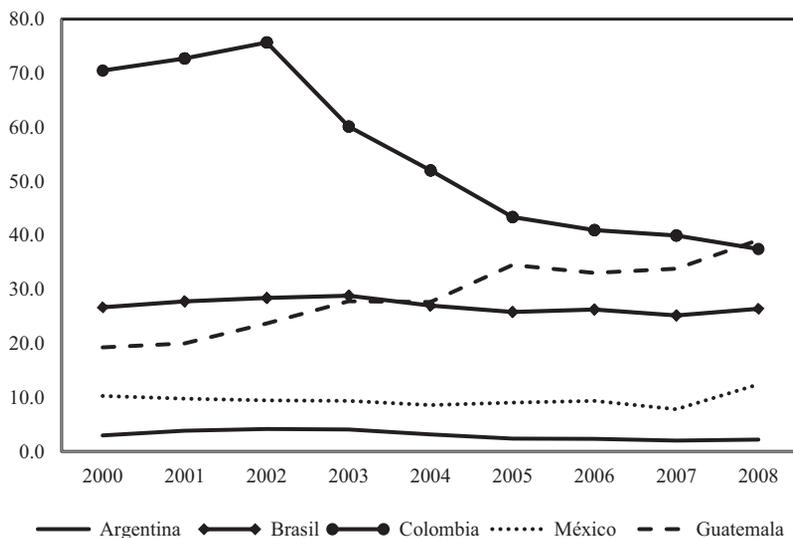
En los países seleccionados, Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala y México, en promedio 19% de la población está entre las edades de 15 a 24 años.

Las tasas de mortalidad por homicidios de estos cinco países habían mostrado un pequeño descenso hasta 2007, con excepción de Guatemala. Sin embargo, en 2008 las tasas aumentaron en varios países y se dibujó con mayor claridad un fenómeno de cambios en las tasas. En algunos casos en una forma drástica, como en México, que saltó de cerca de 9 a más de 21 homicidios por cada cien mil habitantes. Guatemala también aumentó a 39.1.

En general observamos que las tasas de homicidio en los cinco países siguen tres tendencias; a saber, por un lado están los países que a lo largo de estos años muestran una tasa sostenida en ascenso; tal es el caso de Guatemala y México; por otro lado están los países que muestran una tasa sostenida de descenso, tales son los casos de Colombia y Brasil; y también están los países que muestran una tasa estable, tal es el caso de Argentina, que tuvo un pequeño ascenso a principios de la década pasada, luego baja y se mantiene (véase Gráfica 1).

Gráfica 1

Tasas de homicidio en cinco países 2000-2008



Fuente: elaboración de los autores con base en datos de las instituciones estadísticas de los cinco países: Brasil MS/SVS/DASIS-Sistema de Información sobre Mortalidad-SIM, IBGE; México: INEGI; Colombia: Instituto de Medicina Legal; Guatemala: INEE; Argentina: INDEC.

Al observar el comportamiento de los homicidios entre la población joven las disparidades aumentan. Del año 2000 a 2008 los homicidios de la población de 10 a 29 años han sido sensiblemente mayores que las de la población general. En el caso de Brasil los homicidios de jóvenes entre 10 y 29 años equivalen a 56% del total y en Guatemala a 55%; en Colombia constituyen 49%, en Argentina representan 44% y en México 38%. De esta forma son Brasil y Guatemala los dos países que concentran esta tendencia.

En el caso de Brasil las tendencias se han mantenido estables de 2000 a 2008, mostrando un ligero repunte en 2003. En el caso de Colombia comenzó el periodo con las mayores tasas de incidencia, presentando en 2005 un acercamiento a las tasas de los otros países; esta tendencia a la baja a partir de 2003 incluye todas las edades, y en 2002 para el grupo 10 a 29 años. Por su parte, México mostraba una leve tendencia a la baja a comienzos del periodo,

presentando un repunte pronunciado desde 2007, que está fuera de su tendencia histórica. Guatemala presenta una tendencia al alza desde el año 2001. La tendencia en la tasas de homicidios en Argentina es similar a la de países con mortalidad muy baja, como Uruguay y Chile; entre los años de 2000 y 2003, las tasas fueron al alza, para todas las edades y para el grupo de jóvenes, situación asociada a la profunda crisis económica de esos años, mostrando tendencia a la baja a partir de 2004.

Al analizar la mortalidad entre los grupos quinquenales encontramos que el grupo de 20 a 24 años concentra la mayor incidencia, con 39% de los casos en el periodo; mientras que el grupo 10 a 14 concentra la menor incidencia, con 2%. No obstante, es pertinente observar la evolución de este grupo porque en algunos países, como México, tuvo un aumento proporcionalmente mayor al del resto.

Las armas de fuego han sido el instrumento utilizado mayoritariamente en los cinco países; concentrando 77% de incidencia del total de homicidios ocurridos en los cinco países. Esto ha significado un cambio notorio en el arma utilizada en las agresiones en los últimos veinte años, particularmente en México.

La distribución de los homicidios en los cinco países se concentra en el grupo masculino, representando 92% respecto a 8% que representan las mujeres. Las excepciones más notorias son México y Guatemala.

Al finalizar el periodo, en Argentina la tasa de homicidios de hombres jóvenes se estimó en 5.2 homicidios por cada 100 mil habitantes, mientras que la tasa de mujeres sólo fue de 0.6; en Brasil la tasa de homicidios de hombres jóvenes se estimó en 75.9 y la de mujeres jóvenes en 5.5; por su parte en Colombia la tasa es mucho mayor entre los hombres jóvenes, 115.6 contra 7.7 de las mujeres. En México la mortalidad por homicidio de hombres jóvenes se coloca en 25.8 contra 2.7 en las mujeres; Guatemala presenta una tasa de 91.4 en hombres jóvenes ante una de 10.5 en las mujeres. En estos países el homicidio de mujeres, también denominado feminicidio, es frecuente y es muy alto al compararlo con los países en desarrollo.

A pesar de los avances en el desenvolvimiento económico, en los procesos de democratización y construcción de los Estados en América Latina, la violencia y el crimen organizado han alcanzado niveles que afectan a todos los grupos de la sociedad, y las políticas de combate al crimen no han mostrado eficacia, mucho menos las incipientes medidas preventivas referentes a la delincuencia y a la violencia, lo que se refleja parcialmente en altas tasas de mortalidad, como también en una enorme cantidad de delitos cometidos; y sobre todo una impunidad de los mismos cercana a 98 por ciento.

El análisis de la situación actual muestra que la creciente violencia y la inseguridad amenazan en particular a la vida de la población joven y en general la construcción de regímenes democráticos de derecho. Hay evidencias preocupantes en algunos países, por ejemplo en México, donde más de 80 mil personas han sido asesinadas en los últimos siete años, la mayoría de ellos jóvenes, además con altas tasas de impunidad y regiones enteras fuera del control estatal y en manos de grupos de delincuencia organizada. Esta situación es similar a la de Guatemala y sólo semeja algunas situaciones en ciudades de Colombia y en algunos espacios de las ciudades de Brasil.

De este análisis surge una serie adicional de interrogantes para esta investigación: ¿Cómo afectan las diversas modalidades de crimen y violencia la maduración de los regímenes democráticos? Y en especial, ¿cómo ha afectado esta situación a la juventud? ¿Cómo se posicionan los jóvenes ante esta violencia? ¿Cómo perciben su entorno? ¿Qué rol juegan los jóvenes en esta dinámica de violencia? ¿Qué consecuencias tienen para las nuevas generaciones y para la formación de ciudadanos libres, iguales?³

Uno de los más urgentes desafíos es detener la ola de violencia que afecta la región latinoamericana; con él va de la mano el reto de crear un sistema que proporcione un acceso equitativo a la justicia para todos los sectores de la población.

Percepción y experiencias con la violencia en su entorno

A continuación examinamos las vivencias que los jóvenes del estudio tienen sobre experiencias de conflictos, enfrentamientos, agresiones verbales, físicas y lesiones en su contexto cotidiano; su visión de la vida cotidiana y cómo las experiencias cruentas moldean sus conductas.

Las ciudades seleccionadas para los estudios fueron Buenos Aires, en Argentina; Sao Paulo y Recife, en Brasil; Cali y Medellín, en Colombia; Guatemala, en Guatemala; y Cancún, Quintana Roo; Jalapa, Veracruz; Ciu-

³ Para dar respuesta a estas interrogantes utilizamos una metodología cualitativa, con entrevistas individuales y grupos focales a los actores principales de esta dinámica. Hemos realizado más de 100 entrevistas a jóvenes y autoridades y casi 40 entrevistas grupales y focales en los cinco países que integran el estudio. En las entrevistas y grupos focales se exploraron las siguientes dimensiones: 1) percepción de la violencia en su entorno (familia, barrio, escuela, trabajo); 2) experiencia con la violencia (como víctimas, como agresores o como testigos); 3) normas, concepción de la ley, la justicia y acceso a la justicia; 4) relación con la policía y; 5) relación con las autoridades y concepción de futuro como ciudadanos.

dad Juárez, Chihuahua; León, Guanajuato; y Ciudad de México, todas en México.⁴

Barrio

Los casos estudiados en los cinco países muestran coincidencias en la percepción que los jóvenes tienen de su hábitat. Perciben a sus barrios como seguros y al mismo tiempo reconocen que son peligrosos, en los que hay altos índices delictivos, excesos en la venta y en el uso de drogas legales e ilegales, y en algunos casos, como con Guatemala y Colombia, la portación y venta de armas de fuego entre los jóvenes es aceptada y hasta es habitual. La percepción resulta paradójica, pues a pesar de calificarlos como peligrosos, argumentan sentirse seguros en ellos, lo que nos muestra una adaptación de estos jóvenes a la violencia localizada en sus entornos. Ésta puede llevarse a cabo adoptando diferentes roles. En ocasiones los jóvenes se muestran como testigos indiferentes, evadiendo las situaciones conflictivas; en otras ocasiones tienen que adoptar un rol activo, constituyéndose en miembros activos de las bandas para no ser víctimas de esta violencia. Los que no se integran a las bandas sufren sistemático acoso y repudio. Otros lo ven como una oportunidad para integrarse a la comunidad base y obtener reconocimiento y recursos, y algunos lo consideran como la única alternativa de vida.

En esta misma vertiente de estudio del hábitat encontramos la existencia de grupos conformados por jóvenes, los cuales son llamados por ellos bandas,

⁴ Los autores de los estudios son:

México

Ciudad de México: Arturo Alvarado Mendoza, Gabriela Figueroa López, Roberto Márquez; Ciudad Juárez, Chihuahua: Angélica Durán, Úrsula Alanís; León, Guanajuato: Jéssica Vega; Cancún, Quintana Roo: Araceli Nava; Xalapa, Veracruz: José Alfredo Zavaleta.

Argentina

Buenos Aires: Gabriel Kessler, Sabina Dimarco.

Colombia

Santiago de Cali: Alberto Concha-Eastman, Natalia Concha. Medellín: Angélica Durán.

Brasil

São Paulo: Maria Fernanda Tourinho Peres, Maria de Lourdes Trassi Teixeira, Marina Decot Sdoia, Roberta Tinoco.

Guatemala: Ulises Urusquieta.

pandillas o combos. Estos grupos dotan al joven de una identidad grupal, la cual en muchas ocasiones tiene más peso en la conformación identitaria del joven que la otorgada por el grupo familiar; en estos grupos los jóvenes encuentran una relación no siempre horizontal entre sus miembros (contraria a la verticalidad de las relaciones que establecen con los adultos, aunque en algunas pandillas existe una estructura jerárquica rígida, como en el caso de Guatemala o algunas bandas en las favelas de Brasil). Esta identidad grupal parte del barrio, y en muchos casos genera disputas por el territorio entre las bandas. En este sentido, la pertenencia a un barrio y a alguna banda determina su libertad de movimiento, dado que si bien pueden moverse en este espacio y en algunas zonas de la ciudad, existen fronteras “invisibles” entre un barrio y otro, o incluso entre el territorio de una pandilla y otro, que es temerario cruzar bajo el riesgo de ser atacado. Esto constriñe la movilidad hacia la escuela y el trabajo.

Si bien las bandas juveniles son una coincidencia en los cinco países, cada caso presenta una particularidad. En Argentina estos grupos tienen actividades violentas, pero derivan más de una forma de “divertimento”, aunque a los vecinos del barrio les resulta molesto; también existen bandas que pueden dedicarse a actividades ilegales, como el robo; sin embargo, éstas no pasan de constituirse como una delincuencia *amateur*; sus miembros son primo delincuentes.

Por el contrario, en algunos países como Colombia, Guatemala, y en menor medida en las ciudades fronterizas como Ciudad Juárez, en México, estas bandas están ligadas a actividades ilegales relacionadas con grupos del crimen organizado y utilizan armas de fuego, donde los jóvenes son utilizados por estos grupos como vigilantes, transportadores de drogas, informantes, cobradores, golpeadores a sueldo o sicarios en diversas zonas de la ciudad. Tal es el caso de los Combos de Colombia, las Maras de Guatemala, y algunas bandas de jóvenes del norte de México. En las favelas de Brasil ocurren situaciones circunscritas a las actividades ilegales dentro de esos contornos, pero no parecen moverse alrededor de la ciudad.

Otro tema que perciben fuera de su entorno es la discriminación de la que son objeto, principalmente cuando salen de sus barrios y se dirigen a otros puntos de la ciudad, que no corresponden a sectores populares (porque entre estos sectores tampoco sienten seguridad); la segregación de estos sectores de la población está enlazada con su percepción; asimismo, destaca la sistemática agresión sexual de que son víctimas las mujeres en prácticamente toda la ciudad; ésta abarca desde las expresiones verbales, tocamientos en la calle y en el transporte, hasta agresiones sexuales.

Familia

Los jóvenes en el estudio tienen una percepción paradójica de su entorno familiar, coinciden en percibirlo como un grupo que les otorga protección y seguridad; sin embargo, también lo reconocen como el primer medio en el que tienen contacto con la violencia. En su familia conocen el maltrato verbal, físico, psicológico y sexual; en algunos casos es mínimo y lo toman como legítimo si es ejercido por sus padres; sin embargo, también puede ser grave, situación ante la cual los jóvenes tienen un rol pasivo. En el contexto familiar se perciben como víctimas respecto a sus padres y como defensores o agresores respecto a sus hermanos.

Ámbito escolar y laboral

Los jóvenes coinciden en ver al medio escolar como un espacio dónde también viven en menor o mayor grado la violencia, pues existen agresiones verbales, riñas constantes entre sus compañeros, consumo de drogas, abuso de autoridad por parte de los profesores, situaciones de discriminación y agresión sexual. En esta dinámica los jóvenes tienen papeles dobles, pues por un lado se perciben como víctimas de las autoridades escolares, y por otro se tornan testigos y agresores respecto a sus compañeros.

El ámbito laboral es percibido también como violento, en él los jóvenes juegan un rol pasivo, en donde se perciben como víctimas del desempleo, abuso laboral y bajos salarios.

Normas, concepción de la ley, la justicia y acceso a la justicia

Un tema central en la vida de las ciudades es la forma en que sus habitantes adoptan las normas sociales y legales.

Los jóvenes de los cinco países comparten un escaso conocimiento de sus derechos; perciben el sistema de justicia como inequitativo e injusto, asegurando que éste da preferencia a clases privilegiadas económicamente, lo que los lleva a un alejamiento y rechazo a la participación política, además de una ambivalencia respecto a las normas legales. Cabe destacar que lo que llamamos ambivalencia, en algunos estudios ha sido definido como cinismo legal, es una forma incorrecta de concebir las normas y su socialización por que parte de una concepción absoluta y universalista de las leyes y las normas y no busca entender cómo son aceptadas y socializadas.

En nuestro caso consideramos que los jóvenes presentan ambivalencia o relativismo porque adoptan, aceptan y practican normas de diversos códigos éticos y legales que no tienen correspondencia.

En cuanto a su concepción de la ley, muestran un conocimiento básico de las mismas. Hay una mezcla entre el conocimiento y las prácticas legales que manifiesta su adaptación como justas, algunas como legítimas y otras como aceptables; pero pocas normas coinciden en estos tres aspectos. Por un lado conocen que algunas prácticas como el robo, el homicidio o la portación de arma de fuego son ilegales; sin embargo, las califican en algunos casos de legítimas, principalmente si ellos tienen que llevarlas a cabo en determinadas situaciones. El homicidio es rechazado generalmente y sólo en algunos casos lo aceptan como medio de defensa; otras prácticas, como la compraventa de drogas ilegales producen ambivalencia, dado que si bien las aceptan y las consumen, varios la consideran un problema que genera tensiones. En cambio, la piratería, las mercancías de moda —no obstante su origen desconocido o ilegal—, y el *graffitti*, son considerados como aceptables y una forma de consumo cotidiano permitido y legítimo; sin embargo; algunos reconocen que son ilícitas.

Relación con la policía

En cuanto a la relación con la policía, los jóvenes de los cinco países coinciden en tener una valoración negativa de estos grupos, pues los perciben como represores, corruptos, que en algunos casos están vinculados con sectores criminales y en ocasiones venden drogas y armas. Las formas de interacción abarcan desde intercambios verbales y de señales, aserciones verbales negativas, enfrentamientos, revisiones, detenciones arbitrarias, agresiones físicas, golpes, agresiones sexuales y hasta ejecuciones extrajudiciales. Al interactuar con la policía se perciben como víctimas de los abusos policiales, particularmente durante las revisiones y detenciones, consecuencia de la estigmatización que la sociedad hace de los grupos juveniles, debido a su vestimenta, lenguaje o lugar de residencia. Es paradójico que sostengan una relación tan conflictiva; y sin embargo en todos los casos consideran las revisiones como aceptables y legales, lo que es parte de la ambivalencia legal.

Por su parte, los policías argumentan verse limitados en su trabajo al no poder dar un trato de adulto a los jóvenes que infringen la ley, debido al tratamiento legal especial para los adolescentes, vigente en los diferentes países. Para ellos los jóvenes son las personas más conflictivas y son el sector poblacional que comete más delitos. De esta forma, la interacción entre estos dos

actores está permeada por un clima de miedo y desconfianza recíprocos. En algunos casos la relación con algunos policías es de complicidad; en otros de clientela, el resto de enemistad. Si bien la investigación arrojó coincidencias entre los países, existen particularidades muy precisas de cada país.

Buenos Aires, Argentina

Los jóvenes argentinos que participaron en la investigación provenían de villas, barrios marginales y estigmatizados como violentos por los medios de comunicación. A estos jóvenes les agrada vivir en su comunidad, a pesar de que reconocen que en ella hay problemas de violencia; la cual consideran manejable a partir de la gestión de los microconflictos cotidianos con los adultos y con la policía (Kessler, 2102). Los barrios dotan a los jóvenes de identidad territorial, pero ésta los lleva a enfrentamientos con otros grupos del barrio por el control de esos territorios. Esta identidad no se compara con la identidad territorial de otras bandas juveniles en Centroamérica, como las Maras.

La identidad surgida a partir del territorio propicia la presencia de bandas integradas por jóvenes desde los diez años, que por sus formas de divertimento entran en conflicto con otros habitantes del barrio.

Los ámbitos laboral y educativo no resultan relevantes en la vida de estos jóvenes, en el primero porque argumentan que sus condiciones son deficitarias, mientras que la escuela no representa para ellos un medio de transformación de sus condiciones de vida. Para estos jóvenes la violencia escolar es habitual, expresada en juegos. También hay un uso habitual de drogas.

Los jóvenes bonaerenses perciben estigmatización en contra de ellos debido a su lugar de residencia. La policía ejerce detenciones arbitrarias por definirlos como sospechosos. Se construyen como víctimas de la policía que ejerce violencia física hacia ellos y que adquiere un matiz sexual cuando es dirigida hacia los jóvenes.

En el caso de Argentina la inseguridad no está vinculada con grupos del crimen organizado. La delincuencia Argentina se plantea más bien como una delincuencia *amateur*.

Sao Paulo, Brasil

Para el estudio en Brasil se tomaron dos ciudades diferentes, Sao Paulo y Recife, con características propias y dos grupos sociales diferentes, importan-

tes para entender la problemática de la violencia y la complejidad que se desprende de ella.

Sao Paulo es uno de los principales centros de cultura y negocios, además de una de las ciudades más consolidadas de América Latina. En su territorio convergen realidades contrastantes, por un lado las zonas próximas al centro de la ciudad cuentan con un amplio desarrollo infraestructural, y por el otro están las zonas de la periferia donde se concentra gran parte de la población que carece de los servicios básicos (Peres *et al.*, 2012).

Estas dos realidades conforman dos representaciones distintas de vivir la ciudad y sus procesos, los jóvenes que habitan estas regiones construyen diferentes modos de vivir y edificar su futuro.

Por un lado están los jóvenes que tienen acceso a buenos centros de educación escolar, servicios de salud particulares, trabajos bien remunerados; y por otro están los jóvenes habitantes de la periferia de la ciudad, barrios pobres y segregados, territorios vulnerados ante la violencia que se vive en la ciudad. Los jóvenes que habitan estos lugares en comparación con aquellos que tienen acceso a servicios de calidad, tienen un conocimiento laxo de sus derechos, son víctimas de discriminación y sus alternativas de futuro son un trabajo precario o formar parte de un grupo del crimen organizado.

Estos dos grupos de jóvenes viven la violencia de diferente forma, aquellos que viven en la periferia relatan ser testigos y actores de situaciones de violencia constantes, ligadas a grupos de la delincuencia organizada o a la intervención policial, por no hablar de la violencia común que viven en su familia y el espacio público.

La relación de estos jóvenes y la policía está enmarcada por el binomio pobreza-criminalidad que propicia la estigmatización y discriminación de estos jóvenes y justifica el uso excesivo de la fuerza policial en situaciones de conflicto, así como la violación sistemática de sus derechos durante las revisiones, sin fundamento legal, por parte de estos actores del Estado.

La situación de vulnerabilidad que envuelve a estos jóvenes los hace presa fácil del crimen organizado, en el que comienzan con el tráfico de drogas, y los lleva a la comisión de otros delitos, hasta el homicidio. El crimen organizado se presenta para estos jóvenes como un medio por el cual pueden cumplir las aspiraciones materiales impuestas por la sociedad de consumo.

Colombia

Para el caso de Colombia el estudio consideró dos de sus ciudades para entender la problemática de la violencia y la complejidad que se desprende de ella.

Medellín

Medellín es la segunda ciudad más importante de Colombia, en los últimos treinta años ha sido foco de atención internacional debido a los diversos episodios de violencia armada organizada que se han desarrollado en ella. La violencia que ha vivido Medellín entrelaza la participación de múltiples actores armados, guerrillas urbanas, organizaciones de narcotraficantes, bandas juveniles, hasta paramilitares. Este escenario de violencia colocó a Medellín como una de las ciudades más violentas del mundo, teniendo tasas de homicidios históricas, como la registrada en 1991, que contabilizaba 381 por cada cien mil habitantes (Durán, 2012).

Considerada como una ciudad milagro entre 2003 y 2007, debido a su histórica reducción en las tasas de homicidio, Medellín experimentó una escalada de violencia a partir de 2008, situación que la sigue colocando entre las 15 ciudades más violentas del mundo; y que afecta a vastos sectores de la población, principalmente aquellos que habitan las zonas marginadas de la ciudad, y especialmente a los jóvenes.

Los jóvenes de Medellín experimentan la violencia como parte de la cotidianidad de sus barrios, principalmente en los conflictos entre los llamados combos armados, que en la mayoría de los casos trabajan para organizaciones criminales en el control de territorios. Los jóvenes de Medellín mencionan que existen barreras invisibles entre los territorios dominados por cada combo, lo cual afecta la movilidad de la población y ha contribuido al aumento del fenómeno de desplazamiento intraurbano debido a amenazas o conflictos territoriales. La violencia surgida a partir de las disputas entre los combos se extiende al ámbito escolar, muchos niños y jóvenes no pueden movilizarse libremente de sus hogares hacia sus centros escolares; además en muchos de estos centros se replican los conflictos creados por los combos, y en algunas ocasiones estos mismos grupos controlan grupos escolares. En este contexto, el uso de armas de fuego por niños y jóvenes es recurrente. La disponibilidad de armas de fuego permite que la mayoría de homicidios perpetrados en la ciudad sean a causa de una lesión por arma de fuego, sin descontar la mortalidad por el uso de armas y explosivos. Los combos ejercen un papel paralelo al del Estado en diversas comunas, desempeñándose como mediadores en conflictos intrafamiliares, formadores de disciplina en los jóvenes a través de peleas y golpizas, y proveedores de servicios sociales (así ocurre en algunas favelas de Brasil). En este contexto, la policía de la ciudad es cooptada por estos grupos, formando los denominados “policombos”, es decir, la policía trabajando al servicio de ellos, lo cual aumenta la percepción negativa que los jóvenes tienen de ella.

La percepción que los jóvenes tienen de la violencia difiere de la de los jóvenes en otras ciudades, quienes no contemplan a los actores armados organizados como los principales agentes de las actividades ilegales. La situación de violencia actual en Medellín es una herencia de la violencia histórica y ha tenido continuidad entre los diferentes periodos de la ciudad, en la que se ha combinado con un modelo de desarrollo orientado a promover la inversión extranjera en la ciudad, que fomenta la desigualdad social.

Cali

Santiago de Cali es la tercera ciudad más poblada de Colombia, es uno de sus principales centros económicos, industriales y culturales; experimentó un crecimiento poblacional no controlado a partir de la segunda década del siglo XX, como consecuencia de la migración debido a la violencia provocada por grupos armados organizados. En la realidad de Cali convergen dos situaciones de vida claramente diferenciadas, por un lado están los sectores de la población con un nivel de vida que les permite tener acceso a múltiples servicios, y por el otro están los sectores de la población que viven en zonas marginadas con servicios deficientes, barrios populares formados sin participación del Estado, en la mayoría de los casos por medio de la invasión.

La ciudad comenzó a experimentar grandes olas de violencia desde la década de 1990, en un contexto de planificación urbana deficiente y una configuración social inequitativa, así como de la emergencia del primer “cártel” de venta de drogas internacional. La violencia que envuelve a Cali está ligada a la delincuencia, comprometiendo a grandes sectores de la juventud, principalmente a aquellos pertenecientes a niveles socioeconómicos deprimidos. En este contexto, el consumo y microtráfico de drogas es recurrido por los jóvenes como una actividad rápida de lucro, que en muchas ocasiones combinan con otras actividades criminales, como la extorsión y el robo.

En la ciudad de Cali se advierte la presencia de pandillas conformadas en su mayoría por jóvenes, que en comparación con las del pasado no siguen los antiguos códigos de conducta entre ellos, por lo que en los grupos existe individualismo y desconfianza mutua que muchas veces desencadena conflictos violentos entre sus miembros. Muchas de las pandillas en Cali están articuladas con grupos del crimen organizado, muchas de las veces por reclutamiento forzado y primordialmente derivado de la necesidad económica, la falta de oportunidades laborales y educativas (Concha, 2012). Sin embargo, el contacto de las pandillas con estos grupos no es directo, su

relación es mediada por las denominadas “oficinas de cobro” ubicadas en varios sectores de la ciudad, quienes deciden la entrada y permanencia de los miembros, así como la asignación de tareas; de esta forma los pandilleros no saben para quién trabajan.

En este contexto, la policía es vista como una institución que no tiene la capacidad de solución de conflictos. Se le percibe como ineficiente y en otras ocasiones como corrupta y reclutadora para trabajos ilegales. Ante esta percepción los jóvenes caleños sienten desconfianza hacia las instituciones gubernamentales, que aumenta con el desconocimiento que tienen de sus derechos.

Guatemala

La violencia que actualmente azora Guatemala es contextualizada por la herencia del conflicto armado que vivió el país a partir de la década de 1950 y que se intensificó en la década de 1980. Una situación postconflicto más profunda que la de Colombia. La dinámica del país tiene repercusión especial en los jóvenes, quienes a pesar de haber nacido después del conflicto resienten la cultura del silencio, miedo y violencia que permea las relaciones cotidianas en el país.

En Guatemala existe una relación importante entre la existencia de asentamientos irregulares, el número y pertenencia a las pandillas y la incidencia delictiva; esto incrementa la exclusión social en contra de los jóvenes.

Los asentamientos irregulares en la ciudad, la mayoría de los cuales fueron conformados a partir de los desplazamientos a causa de la violencia del conflicto armado, se caracterizan por la pobreza, exclusión y vulnerabilidad, que influye en las perspectivas de vida, sus oportunidades escolares y laborales, así como en la relación que los jóvenes establecen con su comunidad. La comunidad otorga a los jóvenes una identidad territorial que está vinculada a la conformación de pandillas de jóvenes grupos, en los que se pone énfasis en el reclutamiento de niños. Estos grupos se caracterizan por tener una estructura organizada, con determinados roles y normas de comportamiento, que implica lealtad y sacrificio por el grupo. En esta ciudad, como en pocos casos, operan dos bandas llamadas transnacionales, con una estructura jerárquica rígida y con roles asignados por grupos de edad y género. Éstas determinan las formas de organización juvenil y de la criminalidad en todos los espacios.

La violencia cotidiana de las comunidades es percibida por los jóvenes como una circunstancia no grave; su discurso expresa una adaptación a la dinámica violenta y criminal que vive la ciudad, normalización de la violencia

que fomenta la reproducción del discurso y el imaginario colectivo difundido por los medios de comunicación.

En la ciudad los habitantes viven constantes extorsiones en manos de las pandillas ligadas a las Maras; éstas limitan la participación activa en la vida de la comunidad, dinámica que intensifica la sensación de vulnerabilidad y autoencierro en varios sectores de la sociedad.

Los jóvenes representan la mayoría de las víctimas de los homicidios en Guatemala, fenómeno en el que las armas de fuego son el medio más utilizado; de igual forma representan la mayor proporción de ejecutores de este delito.

Existe una visión generalizada sobre la corrupción e impunidad del gobierno, de las autoridades y la policía, lo que fomenta la apatía en la participación política de los jóvenes; paradójicamente se muestra una necesidad de participación y acción que les permita sentirse integrados a la sociedad.

La relación entre la policía y los jóvenes está permeada por la desconfianza y por abusos sistemáticos por parte de los policías, principalmente en zonas vulnerables. Estos abusos se desencadenan a partir de detenciones arbitrarias y solicitud de documentos. Los jóvenes son discriminados por su forma de vestir y lugar de residencia, estigmatizándolos como pandilleros. Muchos jóvenes que buscan trabajo no reportan su domicilio real, sino el de zonas consideradas seguras (Urusquieta, 2012).

México

Para el caso de México el estudio se llevó a cabo en ciudades con dinámicas de violencia de diferente magnitud, con el propósito de comparar sus coincidencias y entender el problema.

Cancún, Quintana Roo

Cancún es una nueva ciudad consolidada como un centro turístico importante para el país, por ello representa un polo de atracción para la migración, la cual ha producido un crecimiento urbano excesivo y descontrolado, con desigualdad y marginación para grandes sectores de la población, en la que destacan los jóvenes. La migración hacia Cancún ha fomentado el pandillerismo entre los jóvenes, principalmente en los asentamientos marginados de la ciudad con una infraestructura y servicios deficientes. Los barrios son percibidos como violentos por las agresiones entre familiares, entre vecinos y parcialmente

entre pequeñas pandillas, sin embargo; éstas no están estructuradas ni consolidadas como en otras ciudades del país o de los casos estudiados. En este contexto, el uso de drogas legales e ilegales por parte de los jóvenes es común, consumo que comienza a muy temprana edad; de igual forma el uso de armas entre estos jóvenes es importante, constituyéndose como el principal medio para la comisión de homicidios en la ciudad, a partir de 2007.

Los jóvenes de esta ciudad perciben la violencia como un hecho cotidiano en todos los ámbitos de la vida social, comenzando en el grupo familiar, que se extiende al ámbito escolar, y con mayor presión en las secundarias. De la misma forma, los jóvenes perciben una diferencia en la magnitud de la violencia que depende de la zona de la ciudad en la que habitan. La tasa de homicidios, que si bien es comparadamente baja con el resto del país, se incrementa entre los grupos más jóvenes.

La representación que los jóvenes de la ciudad tienen de la policía es negativa, está basada en los abusos de los que los policías ejercen sobre los jóvenes, desencadenados a partir del estigma hacia los jóvenes por considerarlos sospechosos y peligrosos. Existe un “toque de queda” de facto en la ciudad, pues los menores de 18 años no pueden andar solos o en grupos en las calles después de las 8 de la noche, lo que produce persecuciones cotidianas por parte de la policía. La percepción negativa que los jóvenes tienen de la policía fundamenta la desconfianza que tienen hacia el Estado, argumentando la corrupción de éste. La desconfianza hacia el Estado, así como el desconocimiento generalizado de sus derechos, desalienta la participación política de los jóvenes en esta ciudad.

Ciudad Juárez

Décadas de impunidad frente a diversos crímenes, los feminicidios y una procuración de justicia dolosa; la disputa por el territorio entre bandas del crimen organizado; la segregación socio-espacial y precariedad en las condiciones laborales que envuelve Ciudad Juárez, amén de la crisis económica y el declive del empleo en la industria maquiladora, constituyen la base de la violencia que se vive en la ciudad. Aunado a esto, la presencia de grupos del crimen organizado dedicados al narcotráfico, extorsión y secuestro, así como de la cruenta intervención de las fuerzas federales de la policía y ejército, alimentaron el sentimiento de miedo, inseguridad e indignación de los habitantes de la ciudad.

En este contexto, la juventud enfrentó retos acumulados, y las mujeres adolescentes vieron un escenario aún más retador para su existencia. Existe un

hostigamiento y violencia sexual muy marcados hacia las mujeres, principalmente por el acoso policial que viven las jóvenes de las colonias marginadas, así como por la memoria e incertidumbre de la desaparición y asesinato de jóvenes trabajadoras que no termina y de las que la procuración de justicia se ha olvidado. La violencia intrafamiliar y en el noviazgo también forma parte de lo cotidiano. Las desapariciones y asesinatos de mujeres son reconocidos por parte de los habitantes de la ciudad, la realidad muestra que la violencia afecta a todos por igual. Es la ciudad en donde la desaparición de adolescentes está en la memoria y en el ambiente colectivo.

En la dinámica de violencia de la ciudad destaca la existencia de varios tipos de pandillas, que marcan el territorio de barrios en condiciones de ocupación inestables. Otras más han surgido de la urbanización masiva y creado sus propias trayectorias delictivas, y unas más están articuladas con el crimen organizado relacionado con el narcotráfico, que fungen en muchas ocasiones como grupos armados de los cárteles y no sólo como transportadores y micro traficantes de drogas. La disponibilidad de armas en la ciudad se equipara sólo a ciertos barrios de Medellín, Sao Paulo o Guatemala.

Construir un concepto de leyes y normas legítimos en este escenario ofrece muchos retos. Los adolescentes enfrentan diversos estímulos cotidianos en donde construyen una idea de lo justo, lo legal y lo legítimo que no corresponde con la imposición de un orden legal federal; encuentran estímulos opuestos entre integrarse a las bandas criminales o construir una legalidad artificial, con un gobierno local que no respeta sus propias reglas y con un gobierno federal que les impone un orden imposible de vivir en la ciudad. Los jóvenes de barrios populares, como los del oriente de la ciudad, saben que existen derechos pero su vida cotidiana les demuestra la brecha entre realidad y discursos. La percepción de los jóvenes juarenses de la policía es sumamente negativa, en especial de la municipal y de la intervención de la Policía Federal; jóvenes de varios sectores coinciden en hacer una evaluación diferenciada de militares, corporaciones de policía municipal y policía federal, asociando cada corporación con una forma de abuso. Esto refleja las formas de intervención distinta de la fuerza pública en los últimos cuatro años.

En los años recientes los habitantes fueron espectadores de asesinatos masivos, que superaban las decenas cada semana. La reducción de las tasas de homicidios recientes (Alanís y Durán, 2012) resulta un hecho positivo; sin embargo, son opacados por la presencia de los problemas estructurales que vive la ciudad y la permanencia de las actividades delictivas de robo, extorsión y desapariciones, sin que las autoridades procuren resolver los problemas. Esto deja a una sociedad a merced propia y a la búsqueda de formas de asociación frente a episodios de violencia similares a conflictos de guerra.

Ciudad de México

En estos escenarios la Ciudad de México parece una isla de tranquilidad y refugio, ilusión que se desdibuja al recorrer sus barrios populares y periféricos. Es, junto con Sao Paulo, la ciudad más consolidada y afuente del territorio latinoamericano, y uno de los principales centros económicos; al mismo tiempo concentra el IDH más alto del país y es un espacio donde convergen amplios sectores de la población que viven niveles de pobreza, segregación y desigualdad, fenómeno que se manifiesta en mayor proporción en determinadas zonas periféricas de la ciudad. Es una de las ciudades del continente con la organización policial más sólida y, junto con esto, sigue siendo una de las ciudades con mayores delitos, excepción hecha del homicidio.

La heterogeneidad de la población de la ciudad implica diferentes formas de adaptación de convivencia con respecto a los otros. En la ciudad existen procesos de integración, como también otros discriminatorios y estigmatizantes sobre determinados grupos; dinámica a los que no escapan los jóvenes, sobre todo aquellos que pertenecen a grupos de ingresos y recursos económicos bajos. Situación que representa para ellos un factor determinante de vulnerabilidad en todos los ámbitos de la cotidianidad, desde la familia, el barrio, la escuela, hasta el espacio público (incluso en sus centros de diversiones), como la comunidad y el transporte. Ante esta situación los jóvenes adoptan determinados roles para responder a los retos, ya sea como agresores, víctimas o como espectadores pasivos.

La exposición a la violencia que viven los jóvenes tiene diferencias de género y también hace más vulnerables a las mujeres. Ellas viven muchas ocasiones hasta una situación de triple vulnerabilidad debido a su condición de jóvenes, de mujeres y por pertenecer a una clase económicamente baja.

Esta situación se ve agravada porque la mayoría de las jóvenes, principalmente aquellas con una instrucción escolar baja, no conocen sus derechos. Derechos vulnerados por parte del Estado y por particulares, proceso en el que, ante el desconocimiento, no se puede esperar respeto a los derechos de los demás. La ambivalencia frente a la ley y la justicia es manifiesta, reconocen que muchas conductas en que incurren o que practican, como drogarse, tomar en vía pública, *graffitear* y algunas conductas de robo menor, están prohibidas. Al igual que la mayoría de los jóvenes entrevistados en las otras ciudades, reconocen que existen leyes, argumentan que no todas son justas y que más allá de ellas existen ciertas normas de conducta que son legítimas y aceptables y otras que no lo son, como el aborto (contradicción en la que incurren muchos de ellos).

La policía es vista por los jóvenes como una permanente figura de choque, percibida por ellos como altamente represiva, abusiva e ignorante de sus necesidades. No la perciben como figura de autoridad, a quien pueden tener confianza, ni mucho menos esperar protección. Por el contrario, la consideran como un grupo criminal uniformado, que por un lado victimiza a los jóvenes y a la vez contribuye a la carrera delictiva proveyéndoles de drogas, armas e intercambiando favores con ellos (esta situación también emergió en Buenos Aires y en Medellín). Entre los grupos entrevistados también encontramos la formación de bandas y un sentimiento de seguridad en el barrio. El barrio y la banda son concebidos como sinónimos de una vida segura y con prácticas de niveles de violencia menores a los de ciudades como Medellín o Guatemala. Algunos jóvenes han tenido cercanía con el llamado crimen organizado, pero una metrópoli con tal densidad y dinámica exige a los jóvenes una manera de adaptarse que está lejos de las formas de organización segregada de Sao Paulo, Medellín o Guatemala. Existen barreras espaciales virtuales, pero la ciudad exige y permite una movilidad menos restringida. En ella encontramos jóvenes primo delincuentes y ladrones y agresores ocasionales, pero pocos grupos llegan a desarrollar carreras delictivas como ladrones, extorsionadores o sicarios (figuras que aparecen en Juárez, Medellín o Guatemala).

Ven a la justicia como un ente lejano y la política como algo ajeno y degradante. Tampoco muestran tener derechos frente a las autoridades, y piensan que son manipulados; sólo un grupo de mujeres jóvenes mostró tener claridad en sus derechos y exigió transporte urbano seguro y eficaz para ellas.

León, Guanajuato

León se erigió hasta hace poco como un centro agrícola y comercial; sin embargo, el desarrollo industrial que experimentó a partir de la década de 1970 le permitió adquirir importancia estratégica en el sector manufacturero y ser considerado como una de las ciudades eje del desarrollo de la región centro-bajo del país (Vega, 2012).

El desarrollo industrial de León permitió su crecimiento poblacional, principalmente a causa de la migración, en especial de los municipios agrícolas que lo circundan, lo cual ha fomentado un asentamiento urbano desigual. En el centro y zona norte de la ciudad podemos encontrar zonas habitacionales que cuentan con infraestructura y servicios, mientras que en la zona sur encontramos colonias populares con infraestructura y servicios deficientes y en algunos casos inexistentes. En estos barrios habitan muchos

jóvenes que tienen acceso limitado a servicios básicos, como la educación y un trabajo bien remunerado. El tradicionalismo y la rigidez de la sociedad leonesa, aunados con la situación de vulnerabilidad y marginación en la que viven muchos de sus habitantes, ha convertido a los jóvenes en la población más afectada por las problemáticas económicas que enfrenta el país tanto en el ámbito laboral como educativo. Esto ha aumentado las situaciones de riesgo del lugar, entre las que destaca el aumento en el consumo y la venta de droga, así como su involucramiento en actividades delictivas.

Los jóvenes tienen un acceso limitado a la zona urbana, el ámbito en el que tienen permitido desarrollarse son los espacios de la vida privada; el acceso de las mujeres es aún más limitado, pues cuando salen a la calle deben ir siempre acompañadas, y es precisamente este grupo el más vulnerable en la violencia intrafamiliar recurrente en esta ciudad.

La violencia en la calle afecta de igual manera a todos los que integran esta población; sin embargo, afecta más a aquellos jóvenes socialmente relegados, que viven encerrados en los barrios y en constante conflicto entre pandillas, que si bien no tienen los niveles de agresión ni los medios de violencia de bandas como las de Ciudad Juárez, constituyen situaciones peligrosas para los jóvenes debido a los recurrentes enfrentamientos entre pandillas o grupos escolares llamadas “campales”, en las que las armas recurrentes son piedras y botellas, y en las que poco a poco han ido apareciendo el uso de machetes, pistolas y bombas *molotov*. Las campales entre estos grupos se gestan en su mayoría por la defensa del barrio ante la entrada de una pandilla al territorio considerado como propio o por la agresión de miembros de una pandilla hacia otra.

La proliferación de estos encuentros ha propiciado la intervención de la policía en varios de los eventos de participación juvenil, además de las constantes revisiones arbitrarias de las que son objeto los jóvenes por parte de la policía, a causa principalmente de su aspecto y forma de vestir. En estas interacciones entre jóvenes y policías sobresale el abuso de la fuerza policial ejercida hacia los jóvenes, además de situaciones de castigos arbitrarios y discrecionales por parte de los policías. Ante esta situación la policía es percibida por los jóvenes como un grupo altamente represivo, mostrándose indefensos hacia ella, lo cual fomenta la desconfianza de los jóvenes hacia el Estado, que además consideran como corrupto y desigual.

Lo anterior, aunado al escaso conocimiento que tienen de sus derechos, así como a la rigidez social que mantiene sujetos a los jóvenes a la estructura familiar tradicional y sus prácticas, promueve el desánimo de los jóvenes hacia la participación política.

Xalapa, Veracruz

La ciudad de Xalapa ha vivido un proceso de crecimiento urbano muy marcado a partir de la década de 1980, principalmente a causa del crecimiento comercial y turístico de la zona, lo que ha fomentado la migración hacia ella, principalmente de los municipios rurales que la rodean.

Su expansión urbana ha permitido un mayor crecimiento en las colonias de la periferia, en las cuales residen muchos jóvenes cuyas trayectorias sociales son bloqueadas por la deserción y el desempleo. Esta situación ha fomentado la aparición de pandillas en zonas marginadas de la ciudad. Grupos que se constituyen como familias paralelas y comienzan a volverse un problema, pues muchas de las existentes en la ciudad deciden su pertenencia a la delincuencia organizada, mientras que otros son reclutados por la fuerza o “desaparecidos”. A pesar de que la presencia de grupos del crimen organizado no es tan evidente como en estados del norte de México, es sabido que la delincuencia organizada ha centrado sus actividades en la ciudad, particularmente el grupo de los Zetas y la mafia de “El Chapo” Guzmán.

A la par de esta inseguridad han crecido la violencia de género y la violencia en las escuelas, lo que ha determinado que medios de comunicación y los policías asocien a los jóvenes con pandilleros y otros delincuentes.

En estas circunstancias, los jóvenes enfrentan situaciones de control y represión a partir de las aprehensiones policiales en su mayoría por faltas administrativas. El adjetivo de “peligrosidad” impuesto a los jóvenes por los medios de comunicación y los policías, además del narcomenudeo y el abuso de drogas legales e ilegales, justifica el abuso de la fuerza en las aprehensiones, principalmente aquellas que se realizan en los barrios de la periferia. En este contexto a los jóvenes pandilleros no se les niega el acceso a determinadas zonas de la ciudad, exceptuando aquellas que están en control de otras pandillas.

En caso de una incursión de una pandilla hacia el territorio de otra, los miembros protagonizan enfrentamientos violentos por la defensa de los mismos, en estos encuentros se hace recurrente el uso de armas blancas y en menor caso armas de fuego.

En este contexto, las interacciones entre jóvenes y policías siempre dejan una percepción negativa para ambos. Para los policías los jóvenes no tienen límites que los lleven al respeto de las normas, los califican como conflictivos. Para los jóvenes se sintetiza en la metáfora de desecho, considerándolos como “basura, escoria, porquería” (Zavaleta, 2012a).

De ellos perciben sólo el abuso de su autoridad al ejercer su fuerza ilegalmente, que intervienen siempre con un interés económico que compense su precario salario. La desconfianza hacia este grupo contribuye al desánimo en

la incursión de la participación política por parte de los jóvenes, que además tienen un escaso conocimiento de sus derechos.

La pluralidad de la subjetividad juvenil es una complejidad difícil de gestionar por la policía, y el control social a la que se le sujeta está destinado al fracaso mientras perduren la desigualdad y la vulnerabilidad en las que se encuentran los jóvenes.

Visión general

Si bien las condiciones estructurales en las que viven la población y los jóvenes son el marco de numerosas conductas criminales, habría que establecer si la violencia es generadora o conductora de estas condiciones. En este sentido, consideramos que los distintos espacios de la ciudad, tomando en cuenta su localización en la misma y su composición social, presentan diversos tipos de violencia e inseguridad y, en especial, que los espacios más segregados de la pobreza concentran la falta de satisfactores básicos y conductas violentas. En estos lugares la violencia es común en la vida cotidiana, y además en los últimos años ha ido en aumento junto con el crecimiento de la economía ilegal, la disponibilidad de armas de fuego, la impunidad, el clientelismo, la corrupción y la inexistencia de políticas públicas de prevención.

A lo largo del estudio hemos visto cómo las conductas agresoras pueden ocurrir en contextos diferentes, no obstante que tienden a concentrarse en ciertos lugares urbanos de nuestro continente, lo que no es mera coincidencia. Los asentamientos precarios son muestra de concentración y co-presencia de conductas violentas, y del proceso de segregación que reúne espacialmente altas tasas de desempleo, bajos ingresos, inseguridad en el acceso y la tenencia de la vivienda y sus servicios básicos, alta incidencia de pobreza, ausencia de un trabajo de calidad, alta precariedad ambiental, y escasas oportunidades de participación o de ser escuchado equitativamente por las autoridades. Estos barrios reúnen a jóvenes en condiciones de educación de mala calidad y con pocos estímulos para mantenerse en la escuela, numerosas formas de asociación violenta, bandas, pandillas, circulación de mercancías ilegales, de drogas y de armas, trabajo en actividades criminales, formas de socialización de las normas legales y urbanas contradictorias con las costumbres de estos asentamientos, frente a una sociedad consumista que promueve un modo de vida costoso e inaccesible. Los jóvenes en estos barrios concentran privaciones materiales y bajas probabilidades de alcanzar logros significativos en la escuela, el empleo y en la participación en la vida pública. Estos barrios y sus jóvenes presentan diferencias respecto de aquellos con nivel socioeco-

nómico medio o alto, así como por los patrones de interacción que se dan dentro del barrio y entre éste y el resto de la ciudad. Los barrios afluentes del subcontinente son territorios de difícil acceso al modo de vida. Sus habitantes encuentran mejores oportunidades de empleo, trabajo y participación política. Pero la violencia de estas urbes termina también por afectar a sus habitantes, circunscribiéndolos y aislándolos.

Esta división espacial es el principal resultado de procesos de integración urbana desigual, informal, de segregación residencial, en donde se dan diversas formas de violencia crónica que han acompañado los procesos de urbanización en América Latina. Las conductas violentas que ejercen, viven, ven, son un componente de esta vida urbana que constituye patrones de actuación y configura los espacios tanto privados como públicos.

La lejanía con que los jóvenes ven la justicia y la política está asociada a la insuficiencia de ámbitos institucionales de socialización; en esta condición, la calle, la esquina, el barrio es para los jóvenes pobres el forjador de identidades y sentido de pertenencia. El aislamiento espacial está acompañado de las fronteras invisibles impuestas por la probabilidad de sufrir formas de violencia entre bandas.

Estas condiciones debilitan la adhesión a los marcos normativos generales, poniéndolos en evidencia como irreales, inalcanzables, contradictorios; transformando los patrones de socialización, favoreciendo procesos fuera de la tradicional y normativa socialización familiar de barrio de la ciudad; llevando a los jóvenes a explorar nuevas vías, incluyendo las ilegales, para reducir la distancia entre su participación simbólica y la satisfacción de necesidades básicas y simbólicas. A medida que se cristalizan las subculturas los jóvenes se ven atraídos a medios no legales; los que, al competir con los legales como vías para alcanzar las metas de consumo, desalientan la búsqueda de empleo legal o reducen la significación de conseguir y mantener un trabajo. Los hogares que cuentan con recursos para alejarse de esos vecindarios lo hacen, situación que va dejando en el lugar una población residual que vive en condiciones cada vez más aisladas. La concentración de desventajas en estos barrios suele estar asociada a la ausencia de personas con estilos de vida que pongan de manifiesto la cultura del esfuerzo individual y colectivo, que contribuyan a mejorar las condiciones de vida y a un futuro más deseable.

La concentración de la pobreza en estos barrios lleva a sus habitantes a experimentar una ruptura con los marcos normativos generales, y explorar vías no legítimas para mejorar sus condiciones de vida.

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/C.P. 10740/México, D.F./correo electrónico: alvarado@colmex.mx

Bibliografía

- Alanís, U. y A. Durán (2012), “Jóvenes en Ciudad Juárez, Chihuahua: entre la falta de oportunidades y el miedo a la violencia”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Alvarado, A. (2012), *El tamaño del infierno. Un estudio de la criminalidad en la Zona Metropolitana de la ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- Alvarado, A. y C. Silva (2009), *La policía y la ciudadanía, relaciones de autoridad y abuso. Estudio de caso en la Zona Metropolitana de la ciudad de México*, México, El Colegio de México, en prensa.
- Baird, A. (2012), “¿Héroes olvidados? activismo desde la sociedad civil y políticas de juventud en Medellín”, en A. Baird y J. F. Serrano, *Una mirada desde los estudios de paz a los conflictos colombianos*, Bogotá, Paz Paso a Paso-Pontificia Universidad Javeriana.
- Barreira, C. (2009), “Representaciones sobre violencia entre jóvenes. Estigma, miedo y exclusión”, *Revista Espacio Abierto*, vol. 18, núm. 2, pp. 219-234.
- Bergman, M. y G. Kessler (2009), “Vulnerabilidad al delito y sentimiento de inseguridad en Buenos Aires”, *Desarrollo Económico*, vol. 48, núms. 190-191, pp. 209-234.
- Caldeira, T. (2010), *Espacio, segregación y arte urbano en el Brasil*, Buenos Aires y Barcelona, Katz, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- Castillo, N. (2009), “Capital social y nivel de cohesión en Ciudad Juárez”, en Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres (CONAVIM), *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región norte: el caso de Ciudad Juárez, Chihuahua*, México, CONAVIM, Secretaría de Gobernación (SEGOB) y Gobierno Federal.
- Concha, A. (2012) “Entre la desesperanza y la supervivencia. Realidad de adolescentes y jóvenes de barriadas en Cali, Colombia, 2011”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Durán, A. (2012), “Jóvenes y violencia en Medellín: entre transformación urbana y violencia persistente”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- García, M. A. (2010), *Transformaciones urbanas de León siglo XX*, México, Porrúa.
- Garriga Zucal, J. y G. Noel (2010), “Notas para una definición antropológica de la

- violencia: un debate en curso”, *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, año 8, vol. 9.
- González, J. D. (2011), *Maestra VIDA. Relatos de la parceria en la ciudad popular*, Santiago de Cali, Fundación Ciudad Abierta, Grupo de investigación Ediciones Pirka, Instituto Popular de Cultura, Serie Ciudades y Formaciones Populares.
- Kessler, G. (2012), “Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso paradigmático”, *Espacios en Blanco*, núm. 22, pp. 165-198.
- Nava, A. y G. Vázquez (2011), “Inclusión ciudadana en la política de seguridad pública en el municipio de Benito Juárez, Quintana Roo”, ponencia presentada en el VII Congreso de la Red de Investigadores en gobiernos locales mexicanos (IGLOM), Aguascalientes, México.
- OMS (Organización Mundial de la Salud) (2002), *Informe mundial sobre la violencia y la salud*, Washington, Organización Panamericana de la Salud, Oficina Regional para las Américas de la OMS.
- Peres, M. F., M. L. Trassi *et. al.* (2012), “Violencia, adolescencia y juventud, en Sao Paulo”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Santacruz, M. L. y A. Concha-Eastman (2001), *Barrio Adentro: la solidaridad violenta de las pandillas*, San Salvador, Organización Panamericana de la Salud.
- Trassi, M. L. y P. A. Malvasi (2010), *Violentamente pacíficos: desconstruyendo a associação juventude e violência*, São Paulo, Cortez.
- Trassi, M. L. (2006), *Adolescencia violencia. Desperdicio de vidas*, São Paulo, Cortez.
- Urusquieta, U. (2012), “Urbe, violencias y jóvenes. Acercamiento al entorno de los jóvenes en la ciudad de Guatemala”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Vega, Jélica (2012), “La ciudad y la violencia que experimentan los jóvenes, el caso de León Guanajuato”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Zavaleta, J. A. (2012a), “Las representaciones e interacciones de jóvenes y policías en Xalapa”, en A. Alvarado (coord.), *Violencia juvenil y acceso a la justicia en América Latina*, México, El Colegio de México.
- Zavaleta, J. A. (2012b), “La seguridad pública en Veracruz, 2004-2009”, en Alejo Vargas Velásquez (coord.), *El prisma de las seguridades en América Latina. Escenarios regionales y locales*, Buenos Aires, CLACSO, Colección Grupos de Trabajo, pp. 51-80.

Otras fuentes

- Departamento de Planeación Municipal (2011), Alcaldía de Cali.
- Estatuto da Criança e Adolescente (1990), Brasília, Conselho Nacional dos Direitos da Criança e do Adolescente (CONANDA).

INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática) (2011), *Censo de Población y Vivienda*, México, INEGI.

Observatorio Ciudadano de León, www.ocl.org.mx

SINAIS (Sistema Nacional de Información en Salud), www.sinais.salud.gob.mx

Acerca del autor

Arturo Alvarado es doctor en ciencias sociales con especialidad en sociología por El Colegio de México. Actualmente es profesor-investigador y director del Centro de Estudios Sociológicos de esta institución. Sus áreas de interés son seguridad pública, justicia y derechos humanos, así como participación ciudadana, gobernabilidad y democracia en México y América Latina. Dos de sus publicaciones son *El tamaño del infierno. Un estudio sobre la criminalidad en la Zona Metropolitana de la ciudad de México*, México, El Colegio de México, 2012; así como *La reforma de la justicia en México*, México, Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México, 2008, del que es editor.